

Fiesta del Sagrado Corazón, 24 de junio de 2022 (año "C")

Ezequiel 34:11-16; Rom 5:5-11; Lc 15:3-7

Homilía

El aspecto del misterio de la salvación que celebramos hoy no es tan diferente del que celebramos hace diez días: el domingo de la Trinidad: Dios es amor. No sólo nos ama, sino que quiere que entremos en el misterio de amor que une al Padre y al Hijo en un mismo aliento.

Una de las imágenes utilizadas por los profetas en el Antiguo Testamento (por ejemplo, Ezequiel en la primera lectura de hoy), y retomada por Jesús en el Evangelio, es la del cuidado amoroso que muestra un verdadero pastor a sus ovejas, especialmente a las que se han perdido y a las que ha salido a buscar. Es este misterio de amor el que celebramos en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

El corazón se concibe en todas las culturas como el lugar donde residen los sentimientos, la afectividad y el amor. Por eso, a partir de la Edad Media, místicos como Gertrudis, Catalina de Siena, Matilde, Margarita Alacoque, Juan Eudes, desarrollaron una devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que no es una devoción a un órgano físico, sino al amor divino vivido por Dios hecho hombre. Aunque esta devoción puede haber tenido algunas expresiones más bien románticas y sentimentales en ciertos momentos, como lo demuestra una vasta colección de imágenes piadosas de gusto más bien dudoso, no es esencialmente, en su primera intuición, más que la contemplación del amor de Dios por nosotros, encarnado en Jesús de Nazaret.

Unos días después de su resurrección, Jesús nos invitó, en la persona de Tomás, a entrar en su corazón metiendo la mano en su costado abierto. Lo que descubrimos entonces en ese corazón abierto fue el amor, un amor lo suficientemente fuerte como para dar su vida por los que amaba. Y este amor, nos dice Pablo, "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado". Así que, para utilizar otra expresión de Pablo, podemos (a través de esta herida abierta en el costado de Jesús) "entrar en la plenitud de Dios".

Al mismo tiempo que entramos en su corazón, si nos instalamos en él, si echamos raíces y hacemos nuestra morada en él, como nos pide que hagamos, Cristo mismo, a su vez, "hace su morada" en nuestros corazones.

El desgarró del costado de Jesús y la herida de su corazón

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

hicieron una abertura en nuestros propios corazones a través de la cual el Aliento que él entregó a su Padre en la cruz pudo entrar en nosotros, de modo que, como dice Pablo, el amor de Dios fue derramado en nuestros propios corazones por el Espíritu, el Aliento de Jesús que se nos dio, y que nos permite decir, como él y con él: Abba, pater.

Ya que nos ha amado tanto, amémonos unos a otros con el mismo amor.